

dios que había empleado para conseguirlo eran reprobables y repulsivos. El anónimo, arma siempre vil y traidora, el engaño llevado hasta el pie del mismo confesorario, demostraban un alma fría y un espíritu calculador é irreligioso, cualidades todas de mal pronóstico en una esposa cristiana y en una honrada madre de familia.

»De todos modos, y mientras cada uno ponía en juego sus recursos de sagacidad y prudencia para averiguar toda la verdad del caso, ambos decidieron que convenía dar largas al asunto y engañar, si era posible, á la que ó á los que habían tratado de engañarlos. Bernaregui pretextaría y llevaría á cabo un viaje fuera de España con el fin ostensible de realizar la fusión de su fábrica con otra de más importancia, negocio gravísimo que podía duplicar su capital en corto número de años: á su regreso de aquel viaje se celebraría el matrimonio. Durante su ausencia, el sacerdote vigilaría y visitaría á menudo á Pilar, fingiendo la mayor confianza en ella, y ó conseguiría quizá descubrir el misterio, si misterio había, ó provocar tal vez la confesión espontánea y minuciosa de su bella penitenta.

»De los anónimos nada se hablaría. El confesor, sin devolver el suyo á Pilar, la diría que Bernaregui le había roto en el acto, así como otro que había recibido algunos días antes, pues tenía la costumbre de romper sin leerlas todas las cartas que recibía sin firma. Además, que el anónimo dirigido á Pilar sería sin duda

obra de un chistoso desocupado, ó fruto de alguna apuesta entre muchachos de buen humor, para ver si la joven caía en el lazo y colocaba una maceta con flores en su balcón y excitaba de ese modo la burla de cuantos estuviesen en el secreto. Con no hacer caso de la misiva, continuar su vida modesta y retirada, y esperar con calma y tranquilidad el regreso de su futuro, todo estaba arreglado. Así se hizo en efecto, y así Pilar y Miguel quedaron confundidos viendo el poco fruto de su conspiración, pero no sospechando ni por asomo que su intención había sido descubierta. Achacaron á mala suerte lo que había sido impremeditación suya al escribir las cartas, y no cayeron en el verdadero motivo que había destruído su bien combinado plan.

»Quince días después salía Bernaregui de Barcelona con dirección á Marsella, y quedaba el sacerdote fingiendo una cándida buena fe, que estaba muy lejos de tener, en las palabras y en la pena de Pilar. Miguel quedaba al frente de la fábrica en cuanto á su dirección material, pero respecto á la marcha administrativa de la casa de comercio, cobros, pagos y operaciones mercantiles de la misma, tenía el cajero amplios y exclusivos poderes del principal.

»Pasaron tres meses con dilaciones intermitentes respecto al regreso de éste y con quejas repetidas del cajero respecto á la conducta de Miguel en la fábrica, verdaderamente abandonada por su continuo descuido. Tres meses que aprovecharon los amantes

para gozar imprudentemente de la libertad en que los dejaban, y que sirvieron para que el confesor de Pilar, tomando informes de la vecindad, inquirendo los antecedentes de la joven y poniéndose en comunicación con la familia de la misma, adquiriera el convencimiento de su culpabilidad y averiguase mucho más de lo que podía haber sospechado. Una indisposición repentina de la novia de Bernaregui la obligó á llamar á un médico, que la visitó cuatro ó seis días. Éste hubiera guardado el secreto propio de su profesión á tratarse de un caso indiferente y con personas entrometidas é indiscretas; pero ante la gravedad de las circunstancias y el carácter sacerdotal del que le expuso las excepcionales consecuencias que podría tener su silencio, le manifestó toda la verdad.

»Aterrado el buen sacerdote con la gravedad de la noticia, y convencido, por los juramentos que Bernaregui le había hecho de la pureza de sus relaciones con Pilar, de que otro era el amante de la joven, y explicándose ahora la intención de los anónimos, escribió al ausente todo lo que ocurría, pero sin atreverse aún á estampar la sospecha de quién podía ser el seductor de la joven, á pesar de estar ya seguro de la complicidad de Miguel, espiado por él muchas veces y señalado por todos los vecinos como continuo visitador de la joven.

»Llegó Bernaregui, no á su casa, sino á la del sacerdote, sin dar noticia á nadie de su regreso á Barcelona, y sólo Dios sabe lo que aquellas dos almas

honradas, lo que aquellos corazones rectos sufrirían en tan solemne entrevista.

»El dolor de Bernaregui, sobre todo, no tuvo límites cuando escuchó de labios de su amigo las razones en que se fundaba para sospechar de su hermano. El desengaño era tan horrible, la ingratitud tan infame, que aun la resignación cristiana y los sabios y elevados consuelos del sacerdote fueron inútiles para sobreponearse á ellos. Cayó enfermo Bernaregui, y sólo después de un mes de sufrimientos y de lágrimas pudo abandonar el lecho hospitalario que el sacerdote le brindó en su misma casa, conservando para todo el mundo el secreto de su permanencia en ella.

»De aquel mes de lucha entre sus justos deseos de venganza y los benéficos consuelos de la religión, salió aún más depurada la lealtad del alma de Bernaregui, formada sin duda por el Creador para el sufrimiento y el martirio. Aquel hombre de bien sólo pensó ya en apartar del crimen á los dos pecadores; en ofrecer un porvenir y un nombre al ser inocente que iba á nacer entre la infamia y la deshonra, y en dar posición, esposo y fortuna á la mujer que le había engañado miserablemente y había querido manchar su honrada vida con los extravíos de su conducta y la falsedad de sus sentimientos.

»Él mismo hablaría á Pilar y Miguel: dotaría á ambos, los casaría inmediatamente, y renunciando para siempre al matrimonio y á la dicha que el cielo le había negado, instituiría por universal heredero de sus

bienes al niño que iba á nacer, fruto de la falta de sus padres.

»El sacerdote oyó enternecido y aprobó con entusiasmo las palabras del comerciante; pero deseoso de evitar á éste una primera entrevista dolorosa con Pilar, que pudiera hacerle recaer en su enfermedad y agravar más la situación de todos, resolvió hablar primero á Miguel, enterarle de que todo estaba descubierto y decirle que lo que convenía era que ambos culpables pidieran perdón al ofendido, le confesaran su crimen y esperaran humildes su castigo, en la confianza, que él mismo les daba, de que el único castigo que él podría darles sería su perdón y su protección eterna. Dios, sin duda, lo había dispuesto de otro modo.

»Verificóse la entrevista; pero el cobarde Miguel no concluyó de oír el relato del sacerdote, que no tuvo tiempo para enterarle de que Bernaregui estaba en Barcelona y en su casa hacía más de un mes. Huyó, presa del terror, á contar á Pilar lo que ocurría. Estaban descubiertos: su hermano quería vengarse de ambos, y lo urgente, lo indispensable era huir antes de que Bernaregui, enterado por el cura, regresara á la ciudad.

»En efecto, aquella misma noche forzó Miguel la caja del escritorio de su hermano; se apoderó de trece mil duros en oro y en billetes, y huyó solo de Barcelona en el tren de Francia, sin dejar rastro ni huella y abandonando cobardemente á la mujer que había perdido por él su honra, su nombre y su porvenir.

¡Castigo providencial y triste desenlace de aquel drama!

» Pero Pilar no era de esas mujeres á quienes la desgracia abate y que creen en la Providencia cuando ven deshechos sus cálculos humanos. Su alma, acostumbrada desde la infancia al fingimiento y á la malicia, sin haber tenido en su primera juventud un guía enérgico y previsor, sin más principios religiosos que la práctica exterior y poco continua de un culto superficial, ni sospechaba la virtud del sacrificio de que era susceptible Bernaregui, ni se contentaba con la limosna de un perdón que, en sus malos pensamientos y juzgando el ajeno corazón por el suyo, no podía creer noble y duradero. Tenía además una venganza que cumplir. Encontrar al hombre que la había ultrajado y abandonado, y hacerle sentir todo el peso de su eterno enojo y de su odio imperecedero.

» Huyó también de Barcelona, antes de que Bernaregui pudiese hablarla, en seguimiento de Miguel, y sin duda con algunos recursos cuya existencia se ignoraba, llevándose consigo su padrón de infamia.

» Desde aquellos tristes acontecimientos, Bernaregui no descansó un momento. Entró en su fábrica; despidió á todos los dependientes y empleados que hasta entonces le habían servido y que conocían, cuál más, cuál menos, la triste historia que acabo de contar á ustedes, y desde esa fecha data la entrada de ustedes en la casa y la amistad que habían de profesarle durante tantos años.

» En ellos no dejamos el sacerdote, Bernaregui y yo mismo de hacer continuas averiguaciones por descubrir el paradero de los fugitivos. Algunos años antes del fallecimiento de Joaquín, supimos la desgraciada muerte de Miguel, acaecida en Buenos Aires en el incendio de un buque surto en un puerto de la costa, pero respecto á Pilar y á su hijo no volvimos á saber nada.

» Así las cosas, y arrastrando su amigo de ustedes una existencia aislada y triste, cuya causa habrán comprendido ahora, vió llegar el término de su vida con la calma del justo en la conciencia y el nombre de Dios entre sus labios. Por su testamento, que yo mismo leí á ustedes, instituyó á Puig por heredero universal de todos sus bienes, pero disponiendo en una cláusula que reservara siempre la tercera parte del capital á que entonces ascendía su fortuna, para un caso de conciencia, si llegaba el momento en que yo le reclamara dicha cantidad para emplearla en la forma en que él mismo había dispuesto en un escrito confidencial que sellado y lacrado dejaba en mi notaría. A mi fallecimiento, debía pasar aquel escrito á poder del notario más antiguo domiciliado en Barcelona, y así sucesivamente, hasta que, transcurridos quince años después de su muerte, se quemara aquel pliego, sin abrirle, por el que entonces fuera su depositario.»

— Según eso — dijo Puig, al ver que el notario guardaba silencio, — ha llegado el caso de abrir el pliego en cuestión. ¿No es eso?

— No precisamente, señores — respondió el interpe-  
lado, — pero sí el de poder descubrirles el motivo de esa  
cláusula y el cumplimiento de otro encargo tan sa-  
grado como el primero. El primer escrito es inútil. Se  
refería al caso en que yo, por mis gestiones incesan-  
tes ó por casualidad, me proporcionara noticias fide-  
dignas de la existencia y paradero de Pilar ó de su  
hijo. Ya no nos cabe abrigar duda respecto á ambos  
extremos. Pilar abandonó á su hijo en la Casa de Ma-  
ternidad de Lyon y continuó por algún tiempo arras-  
trando una vida escandalosa por varias ciudades de  
Francia. A su muerte, acaecida el año pasado, se supo  
cuál había sido el nombre y las señas que depositó al  
lado de su hijo en el torno de Lyon. Con ellas se ha  
podido comprobar que el niño falleció antes de cum-  
plir el año de existencia, y por eso puedo decir á us-  
tedes que, no existiendo las personas en favor de las  
cuales reservaba Bernaregui la tercera parte de su  
fortuna, puede su heredero disponer libremente de  
ella de hoy para siempre, sin traba ni limitación de  
ninguna clase.

— La triste historia que usted nos ha relatado tan  
minuciosamente había llegado á nuestros oídos — con-  
testó Puig — de un modo vago é incompleto. Sabíamos,  
como todos los que le trataban, que algún pesar hon-  
do y profundo minaba la vida de Bernaregui. Su ca-  
rácter dulce, pero reservado y melancólico, acusaba  
una de esas penas que el tiempo no consigue aliviar,  
y aunque él jamás permitió á nadie la más pequeña

alusión á sus infortunios, más de una vez nos dejó á Benito y á mí sorprenderle con lágrimas en los ojos ó lanzando suspiros entrecortados y profundos. Era nuestro amigo leal, nos quería tanto como si fuéramos sus hermanos, y sin duda al estrecharnos entre sus brazos recordaba los de aquel Caín que debían haberle sostenido en las luchas de la vida. Pero, en fin, puesto que este asunto, según usted mismo nos ha dicho, está completamente terminado, ¿cuál es el otro que usted juzga casi tan importante y que nada tiene que ver con la cláusula testamentaria de nuestro amigo?

— Un asunto de conciencia; un negocio que ha de resolverse amistosamente y sin acudir á los tribunales de justicia, si, como creo, usted, Sr. Puig, da crédito á mis palabras y á este papel que sin saber cómo ha llegado á mi poder de un modo que no me es posible revelar á ustedes.

— Por mi parte, puede usted hablar — respondió Puig, — puesto que á mí se dirige usted particularmente; y esté seguro de que yo no he de dudar nunca de la veracidad de sus palabras, ni sospechar la menor ligereza por su parte en el cumplimiento de su deber. Su reputación de usted, su probidad y su talento están muy por cima de mi pobre criterio, y oyéndole á usted, sólo me toca respetarle y seguir ciegamente sus consejos.

— En ese caso, y dándole á usted gracias por el innmercido concepto en que me tiene, paso á comunicar á ustedes el asunto que me ha traído á verles.

— Y si se trata del señor Puig y de asuntos de esta casa, ¿qué tengo yo que ver, señor notario, en todo eso? — dijo Bonet, cansado ya sin duda de desempeñar tanto tiempo el papel desairado de oyente.

— De usted se trata en primer lugar, Sr. D. Benito.

— ¿De mí? — dijo no sin sorpresa el fiel cajero de la casa de comercio.

— De usted y de Puig mancomunadamente. Óigame usted con calma, y tómense después todo el tiempo que quieran para resolver lo que juzguen más acertado. En primer lugar, y como base de toda resolución ulterior, debo decir á ustedes y asegurarles bajo mi palabra de hombre honrado y con mi pobre condición de hombre de ley, que el testamento de D. Joaquín Bernaregui es incuestionable é indiscutible. Ese testamento reúne todas las condiciones exigidas por las leyes: está protocolizado en mi notaría; los bienes inmuebles de que en él se trata están inscritos en el Registro de la Propiedad á nombre del nuevo poseedor; los muebles ó semovientes pertenecen de hecho como de derecho al Sr. de Puig, y nadie puede disputarle el usufructo total y la posesión real de toda la fortuna del testador. Esto es, no un parecer, sino un hecho absolutamente legal y consumado y sobre el cual no hay discusión posible.

— ¿Ni quién puede discutirle, ni quién piensa en disputársele? — dijo Benito, más absorto cada vez del giro que tomaba aquella conferencia.

— Nadie por ahora; ¿quién sabe si alguien, después

de lo que yo voy á decirles? El mismo día que fui llamado por Bernaregui enfermo para otorgar su testamento, usted recordará, Sr. Puig, que tuve que esperar más de media hora en su despacho á ser recibido por él en su misma alcoba, porque estaba con usted en una secreta conferencia que duraba hacía ya cerca de dos horas.

— En efecto — contestó Puig, turbándose de tal modo que otros menos preocupados lo hubieran advertido fácilmente. — Me llamó temprano aquella misma mañana para enterarse minuciosamente del estado de la casa, cosa muy natural, dado el acto que había de celebrar con usted después, y en razón á que durante su enfermedad, no corta, no había querido intervenir en ningún asunto, por la mucha confianza que en mí había depositado siempre, y en aquel tiempo más que nunca.

— Eso mismo me dijo usted entonces, y eso me repitió él mismo al pedirme le disculpara por haberme hecho esperar. Salió usted de su alcoba; se llamó á los tres obreros más antiguos de la fábrica, que sirvieron de testigos, y en voz clara y en sano juicio me dictó sus disposiciones testamentarias, firmó con pulso sereno y quedó concluído el acto. Antes, sin embargo, de dar por terminada nuestra entrevista, y después de haberme entregado el pliego, hoy ya inútil por el final de la historia que antes les he referido, me preguntó el testador, no sin sorpresa mía, qué valor podría tener cualquier escrito suyo encontrado después de su muerte, por el que se alterara el testamento que acababa de otorgar y firmar aquel mismo día.

— «Ningún valor legal — le dije. — Para que un testamento ológrafo (esto es, escrito todo y firmado por mano del testador) sea válido (caso de que sea posterior al otorgado con todos los requisitos de la ley, pues si es anterior á éste, dicho se está que es nulo de origen por la fecha), hace falta que se lacre, selle y firme en la cubierta por el que testa; que allí firmen también los testigos, que aunque ignoran el contenido del pliego, juran que está escrito y sellado por el testador, y que además se protocolice en la notaría, firmando á su vez el notario en el mismo pliego y dando fe que aquel es el testamento ológrafo de D. Fulano de Tal.

— »¿De modo — me dijo Bernaregui después de oírme — que si apareciese algún día un papel, memoria ó escrito, todo de mi puño y letra, pero sin ninguna otra condición legal, que variase, anulase ó tratara de invalidar el testamento que acabo de otorgar ante usted, aunque ese escrito fuera de fecha posterior á la de hoy, no tendría fuerza legal ninguna y subsistiría por lo tanto en todas sus partes mi referido testamento?

— »Exactamente, amigo mío; y para más seguridad y para que usted quede más tranquilo en este instante, puede llamarse otra vez á los testigos que han intervenido en el acto, y ante ellos, y dando yo fe como anteriormente, puede usted explicar su deseo ó su temor y dar desde ahora por nulo y de ningún valor en ningún tiempo el papel ó memoria á que usted se refiere.

— » Todo lo contrario, amigo mío — repuso Bernaregui. — En la seguridad que usted me da, muero tranquilo. ¡Quién sabe si en los días que me restan de vida, un extravío de mi razón ó un fútil pretexto pueden hacerme escribir lo contrario de lo que ahora pienso y he determinado! Y si ese escrito mío, ó memoria, ó disposición no pueden alterar mi decisión primera, nada me importa cometer la locura ó la injusticia de escribirlas.

— » Así es en efecto. Usted puede otorgar nuevo testamento cuando quiera, ó dictar un codicilo que amplíe ó limite el que hoy ha firmado; pero mientras no revista los mismos caracteres y los requisitos legales que en el de hoy han concurrido, todos serán inútiles y como si no existieran. »

Puig, que cada vez parecía turbarse más conforme escuchaba al notario, sólo respondió á éste casi entre dientes.

— ¡Ah! ¿Todo eso dijo á usted Bernaregui?

— Todo eso; y aseguro á usted que hasta que le repetí varias veces lo mismo que acabo de explicarle no parecía tranquilo mi cliente. A los seis ú ocho días, que no lo recuerdo hoy precisamente, falleció Joaquín Bernaregui, dejando á usted por heredero universal de todos sus bienes. Han transcurrido con exceso tres años desde aquel triste acontecimiento, y usted, cumplidas todas las formalidades del caso, obedeciendo su postrera voluntad y sin nadie que pueda disputarle el derecho y justo título con que es dueño

y poseedor de esa fortuna, recibe de mi mano este pliego que se refería á la cláusula limitatoria de ese absoluto derecho, por ser ya imposible su cumplimiento, toda vez que entrego á usted al mismo tiempo los documentos, legalizados debidamente, del óbito de Pilar y de su hijo. Todo esto es sencillo, legal y no presenta dificultad ninguna. Y sin embargo, Sr. de Puig, y usted, Sr. de Bonet, juzgarán ahora de la gravedad de lo que voy á comunicarles. Hace apenas hora y media que he recibido por el correo interior, medio el más seguro para impedir las investigaciones á que el hecho pudiera dar lugar, el presente pliego, lacrado y sellado con la sortija que usaba Bernaregui y que usted sacó de su dedo anular, Sr. Puig, después de cerrarle los ojos, pasándola al suyo, en el cual la veo todavía.

— Y que llevaré mientras viva, en recuerdo de aquel hombre generoso y honrado que pagó con creces mi cariño.

— ¿Sellado con su sortija? — preguntó Benito en el colmo del estupor.

— Aquí le tienen ustedes: abierto, porque está dirigido á mi nombre, y escritos sobre y papel interior todo de puño y letra del difunto.

— ¿Qué quiere decir esto? — dijo Benito, mirando á Puig con sobresalto.

— Todo, menos que nuestro querido amigo haya escrito al señor notario desde el otro mundo, donde descansa hace tres años de las infamias de éste — res-

pondió Puig con una sonrisa tan maliciosa como casi impropia del asunto.

— En efecto, Sr. Puig: su amigo de ustedes no me dirige hoy ni ayer ese documento extraño. Tiene la fecha del día siguiente al del testamento firmado por él ante mí y los testigos. Es el escrito ológrafo á que él mismo se refería con sus preguntas y que por modo inconcebible no ha llegado á mis manos hasta hace un momento.

— ¿Pero es que en ese escrito se alteran las cláusulas de su testamento legal? — preguntó con cierta inquietud Benito.

— No sólo se alteran, sino que se varían por completo; y de todo esto deduzco yo que este escrito debió ser confiado á alguna persona, en cuanto lo redactó Bernaregui al día siguiente de testar ante mí, y que esta persona, ó por condición expresa del difunto, ó por haberle dejado éste la elección del momento oportuno de presentarle, ha aguardado hasta hoy para hacerlo, convencido quizá, como yo lo estoy, de que es un documento que para nada sirve.

— ¿Pero qué dice ese papel? — preguntó nerviosamente Bonet.

— Salgamos de dudas, señor notario — dijo Puig, — y preparémonos de cualquier modo á cumplir con la voluntad del difunto.

— Usted será el que haya de cumplirla. El pliego dice así:

«En el nombre de Dios.

»Por razones especiales que no me es dado revelar, y cumpliendo con un deber de justicia que mi amigo D. Juan Puig no podrá menos de respetar (tanta es la confianza que me inspiran sus nobles sentimientos y el afecto desinteresado que me consagra), revoco por esta mi última voluntad el testamento que á su favor dicté y firmé ayer ante el notario mi amigo Ortiz de Llauder, é instituyo por heredero único y universal de todos mis bienes á D. Benito Bonet, mi compañero y primer dependiente de mi casa, exhortándole á que atienda al desahogado porvenir de Puig, como á éste le rogaba en mi testamento de ayer no abandonase nunca al que desde hoy va á disfrutar de toda mi fortuna.

»Firmado en mi casa á tantos días, etc.»

— ¿Qué?, ¿qué es eso?, ¿qué dice ahí? ¿Que yo soy el heredero de Bernaregui? ¿Que él mismo revoca y anula con ese escrito el testamento por el que instituyó su heredero á Puig? ¿Dice ahí eso? — exclamó Benito levantándose y casi arrebatando de la mano al notario el papel que éste le presentaba.

— Véalo usted por sus propios ojos — contestó Ortiz; — y usted, Sr. Puig, examínelo si gusta.

— ¡Es su letra, su misma letra! ¡Lo dice bien claro! No cabe duda. ¡Soy yo, yo su heredero! ¡Entonces, durante tres años, puede decirse que esa fortuna no ha pertenecido á su legítimo dueño!

— Yo la he disfrutado, como dice el señor notario, con derecho y justo título, y nadie, y tú menos que

nadie, puede culparme por un acto que ha revestido todos los caracteres legales.

— Y que los reviste aún, señores. No olviden ustedes que la respuesta que yo dí aquel día á las dudas de Bernaregui es la misma que daré hoy á sus preguntas. Sea el que sea este documento; sea cualquiera la fecha en que está escrito y la del día en que ha llegado á mi poder; sea ó no auténtico y declárenlo ó no apócrifo los tribunales, si á ellos se apela para resolver este litigio, el Sr. D. Juan Puig es el único y legal heredero de Bernaregui. Usted podrá en último caso, Sr. de Bonet, poner pleito á su amigo; pero desde hoy le prevengo que está perdido desde luego, que este pliego nada significa, y que no hay jueces humanos que puedan privar á Puig de la fortuna que legalmente posee.

— ¿Quién habla de pleitos, ni cómo yo había de intentar semejante cosa con mi amigo de toda la vida, con mi compañero en los días de trabajo incesante? Término hay más hábil, y yo creo que si, como ustedes sostienen y yo no dudo, esa carta es efectivamente de Bernaregui, una transacción amistosa será el mejor medio de arreglarlo todo — dijo Benito.

— ¿Quién habla de pleitos ni de transacciones innecesarias? — dijo Puig, estrechando la mano de Benito entre las suyas. — ¿Nuestro amigo Bernaregui me nombró á mí su heredero, y al día siguiente, por razones que yo no debo averiguar, revocó esa disposición y te eligió á ti como más merecedor de sus beneficios? Bien

hecho está cuanto él hizo. Tú eres el dueño de toda su fortuna, y á mí sólo me toca pedirte perdón por haber disfrutado de ella durante tres años, por la inexplicable dilación de la entrega al Sr. Ortiz de ese documento. Yo reconozco la letra y su sello; yo doy por válido y por auténtico ese escrito, y cumpla la última, la posterior voluntad de Bernaregui haciéndote á ti hoy mismo la entrega de todos los bienes, que juzgaría usurpados si los disfrutara un solo día más. *¡Si yo fuera rico!*, decías á menudo, como si el corazón te anunciase semejante cambio de la suerte. Ya lo eres; tuyo es cuanto aquí existe: yo vuelvo á ser, como lo fuí en tiempo de nuestro bienhechor y como tú en el mío, el primer empleado de la casa, si en tal cargo quieres conservarme.

— Todo eso es muy digno, muy noble, Sr. Puig, pero no es legal. El testamento dictado en debida forma...

— Aquí no se trata de leyes, señor notario. La ley primera es la ley de la conciencia para todo hombre honrado, y yo me tendría por un ladrón, aunque todas las leyes de la tierra me declararan inocente, si detentara un solo día, un solo minuto la fortuna de Bernaregui, que por ese escrito no me pertenece. Doy á usted gracias, señor notario, porque me proporciona la ocasión de seguir siendo hombre de bien, y tú, mi querido amigo, prepárate á examinar todos los documentos de la casa y á entrar en posesión de la fortuna que más que yo has ambicionado.

Como el que es presa de una pesadilla conoce den-

tro de su mismo sueño que nada de aquello es real y efectivo, y hace desesperados esfuerzos para despertarse ó para gritar, buscando alguien que le ayude á salir de aquella tortura que reviste todos los caracteres de un drama sangriento, así el pobre Benito hacía esfuerzos desesperados para alejar de su imaginación todo lo que oía, para cerrar los ojos á aquella que á él le parecía engañosa evidencia y para juzgar como un sueño la repentina ó inexplicable realidad de sus ilusorias esperanzas.

Él, que siempre había repetido, en sus horas de envidiosa tristeza, la frase tan común á los pobres: *¡Si yo fuera rico!*, á creer en todo lo que aquellos hombres decían, á ser cierto el documento que habían leído, se encontraba en efecto *rico*, y de un modo imprevisto, absurdo, increíble. Por fuerza sólo una imaginación soñando era capaz de inventar aquella carta misteriosa redactada y firmada al siguiente día de otorgar un testamento. Si el testador, por cualquiera razón gravísima y secreta, que por una fútil y pequeña no era posible que lo hiciera, había cambiado completamente de idea en veinticuatro horas, ¿por qué no llamó al notario y con las mismas circunstancias y formalidades legales anuló el primer testamento y dictó otro nuevo, sin dar motivo á pleitos y á querellas, como lo daba en efecto, con su inexplicable escrito?

Y aun dado caso que todo aquello fuese cierto, ¿quién había sido el depositario de aquel papel y á quién pudo confiar Bernaregui en su lecho de muerte

documento tan extraordinario, y por qué éste no se había entregado al notario sino tres años después?

Todas estas rápidas reflexiones aturdieron de tal modo al pobre Benito, que, presa de mortal congoja, se levantó gritando:

— ¡Yo, yo rico! ¡Yo millonario! ¡Abrid esas puertas! ¡Me ahogo! ¡Socorro!

Y cayó pesadamente sobre la alfombra.

Abrióse la puerta del despacho, y acudieron á sus voces primero los escribientes y luego Lucía y Bernarda.

— Es papá quien grita — dijo Lucía al entrar precipitadamente en el despacho de Puig, cuya puerta había abierto el notario en busca de auxilio.

— ¡Es mi hermano! ¿Qué sucede? ¡Alguna infamia de ese hombre!

Lo menos se figuró la *amable* doña Bernarda que su pobre Benito había sido asesinado por Puig, como consecuencia de la pacífica discusión de aquella mañana.

Ramiro, que estaba en el escritorio cuando se oyeron las primeras voces de Bonet, saltó de su asiento y llegó al despacho de su principal en el momento en que el notario abría la mampara. Contra su costumbre de no acudir nunca cuando se le llamaba ó era necesaria su presencia para cualquier asunto, Ris-pall se presentó llevando en la mano una bandeja con vasos de agua. Unos rociando el rostro de Benito, otros haciéndole beber dos ó tres sorbos, su hija dándole fricciones en las sienes, su hermana ponien-

do el grito en el cielo, y Puig, único dueño de sí mismo, contemplando con estoica curiosidad aquel cuadro, consiguieron que el desmayo del nuevo millonario fuese muy pasajero. En cuanto volvió en sí, lanzó una mirada de asombro sobre todos los presentes, y recordando repentinamente todo lo que dió ocasión á su síncope, sólo pudo pronunciar las siguientes palabras:

— ¡Sí, soy rico! No creáis que estoy loco... Aquí está el documento. ¡Carta canta! Toma, hija, lee..., leed todos...

Y arrebatando al notario el pliego que éste había leído y conservaba aún entre sus manos, se le dió á Lucía, que casi no se atrevía á leerle, temiendo que en efecto la razón de su padre se hubiese perturbado. Mientras Bernarda y Ramiro leían por encima del hombro de Lucía el papel que ésta, con menos avidez que ellos, casi deletreaba para comprenderle mejor, Benito seguía hablando á voces y paseándose por el despacho de Puig.

— ¡Lean ustedes!.. No son ilusiones mías. Por algo decía yo siempre: ¡si fuera rico!.. Y es que el corazón me anunciaba que había de llegar á serlo cuando menos lo esperara. ¡Aquí el único heredero de Bernaregui soy yo!.. ¡Yo soy el amo de la fábrica, de la casa, de cuanto hay aquí!.. ¡Soy rico!

— ¡Oh! — murmuró con rabia Risvall en el colmo de su sorpresa y de su odio á los patronos, amos y propietarios.

— ¡Es verdad! — dijo Bernarda, abrazando á su hermano después de haber leído.

— Sí, aquí lo dice — añadió Lucía, devolviendo el papel á su padre. — Pero entonces, ¿cómo hasta hoy no se ha sabido nada? Y si usted, Sr. de Puig, había sido nombrado heredero de Bernaregui en su testamento, y por eso ha podido usted disponer de su fortuna durante tres años, ¿cómo va usted á renunciar á ella en favor de mi padre? Yo no entiendo de leyes; pero aquí hay un misterio que no comprendo y una informalidad que no acierto á explicarme en asunto tan grave.

— Y tiene usted razón, señorita — dijo el notario, sin dejarla casi acabar la atinada reflexión. — Este es un caso, por lo menos, litigioso, y yo ruego á estos dos señores que lo piensen mucho antes de tomar una determinación extrema que después pueda pesarles.

— Yo lo que veo es lo que dice aquí bien claro; yo no veo otra cosa, y si el Sr. Puig tiene conciencia...

— Porque la tengo, amiga doña Bernarda, porque la tengo, insisto en lo que he dicho á su hermano de usted y al señor notario que nos escucha. Yo respeto la voluntad de mi amigo Bernaregui, yo venero su memoria, y como este, para mi corazón, no es asunto que debe arreglar el código civil, sino el alma, renuncio desde ahora á todos los derechos que pudiera hacer valer y á cuantos me den las leyes, y me declaro á mí mismo pobre de solemnidad, haciendo entrega á

mi querido amigo y constante compañero D. Benito Bonet de toda la fortuna que constituye la herencia de Bernaregui.

— Eso se llama cumplir con su deber, y cualquier hombre honrado haría lo mismo que usted hace en este momento.

— Señora, en eso hay mucho que hablar — respondió el notario á doña Bernarda. — Yo me tengo por muy honrado, y si en este caso estuviera en el pellejo del Sr. Puig y oyera que usted interpretaba tan secamente mi acción sublime, que sublime es por lo menos lo que el señor hace, no sé si tendría serenidad para no acudir á los tribunales, aunque no fuera más que para convencer á ustedes de que todo es legalmente suyo y que sólo por un quijotismo, que será de seguro mal comprendido y peor pagado, cede á ustedes su fortuna.

— No faltará abogado que nos defienda...

— No faltarían de seguro, aunque no fuese más que para comerse parte de la herencia, si yo diera lugar á ello — respondió Puig; — pero ya he dicho, y mi resolución es irrevocable, que yo soy pobre, que esta es para mí una cuestión de conciencia, y que mi conciencia me manda proceder como procedo.

— Y yo no insisto. Dios guarde á ustedes y les ilumine. Ha terminado mi misión, y en mi casa me encontrarán si en algo puedo serles útil. Es la primera vez que me veo en situación semejante á la presente, y abrigo la profunda convicción de que ha de ser la última.

Dió el notario un afectuoso apretón de manos á Puig, saludó fría aunque cortésmente á los demás, y salió del despacho y de la casa con aire profundamente preocupado.

Libres de aquel personaje, extraño para todos, parece que respiraron con más holgura aquellos corazones, impresionados aún por el raro acontecimiento.

—¿Conque de veras eres rico? — dijo Bernarda á su hermano.

—¡Casi lo siento, padre mío! — murmuró Lucía, mirando á Puig.

— Pues, hija, muchas gracias — dijo Benito, sin comprender á su hija.

— Tú eres un ángel — la dijo Puig, abrazándola con efusión, — y tú, de cualquier modo que terminen estos asuntos, siempre saldrás ganando.

— Excuso decir á usted, amigo mío, y compañero hasta hoy, lo que celebro su cambio de posición y de fortuna, y cada día me contentará más haberle manifestado con anterioridad mis fervientes deseos de entrar en su familia — le dijo Ramiro, tendiendo su mano á doña Bernarda.

— Ahora mismo van á saber los chicos de la fábrica lo que ocurre. ¡Qué alegría para ellos! ¡Qué felicidad para todos nosotros! — dijo Rispall, mirando fijamente á Puig, como queriendo darle á entender la diferencia de amo que iban á tener desde aquel día y echando á correr hacia los almacenes y los patios.

Algo hubo de decir en voz baja Lucía á su padre,

mientras doña Bernarda leía de nuevo el papel que éste había dejado sobre la mesa, porque Benito, sin que dejara su brazo izquierdo de rodear la cintura de Lucía, se dirigió á Puig y con acento conmovido le dijo:

— Por supuesto, Juan, que, mientras yo viva, aquí no ha cambiado nada. Tú mandas, tú dispones en la fábrica como si fuera tuya; tú te señalas el sueldo que quieras, y si no tienes bastante con el que á mí me dabas, eso no importa. Yo no soy el amo, soy tu amigo y nada más.

— No esperaba menos de ti y acepto tus ofrecimientos hasta cierto punto. Pero como yo no tengo familia y mis necesidades son mucho menores que las tuyas, con el sueldo que Bernaregui nos daba á cada uno tengo bastante. Seré tu cajero; me darás tres mil pesetas al año y un sitio en tu mesa...

— ¡No hablemos de tales miserias, papá!.. Ustedes son dos hermanos, todo es de los dos... y aquí no debe haber tuyo y mío, ¿no es verdad?

— ¡Justamente! ¡Eso quise decir yo! ¿Para qué quería yo ser rico sino para hacer dichosos á cuantos me rodean? ¡Para eso! ¡Para eso!

— Entonces, Juan amigo, cada vez estoy más contento de lo que sucede. Veo que tú eres mil veces mejor que yo, y que de seguro harás lo que yo no he sabido hacer, la felicidad de todos. Sé rico, puesto que sabrás serlo, y Dios te evite las ingratitudes y los engaños. Ahora, Juan, déjame salir de aquí. Necesito

aire para respirar; tú, hija mía, acompáñame, porque no está mi cabeza muy segura y temo salir solo. Quiero recorrer los talleres, dar después un paseo largo, cansar mi cuerpo para que descanse mi espíritu, y acostumbrarme á la realidad de lo que hasta hoy sólo había sido un sueño.

— ¡Oh, qué felicidad! — decía doña Bernarda á Ramiro. — ¡No tener que agradecer nada á un hombre que sólo ha visto siempre en nosotros unos criados! Ahora somos nosotros los que le pagaremos sus servicios, nosotros los amos, los bienhechores, los que perdonaremos sus faltas y toleraremos su carácter. Crea usted, amigo Ramiro, que hoy es el día más dichoso de mi vida.

— Pues figúrese usted lo que será para mí — contestó en voz más baja Ramirito. — Ya me veo dueño de la mano de mi adorada Lucía, sin dilaciones innecesarias, sin retrasos injustificables.

— ¿Por qué no viene usted con nosotros? — dijo Lucía á Puig, que se sentó tranquilamente en su sillón acostumbrado.

— Tengo hoy que trabajar más que nunca, hija mía. He de hacer minuciosas cuentas de estos tres años en que me he creído rico, y deseo cuanto antes poder rendir esas cuentas á tu padre para que las examine y las apruebe. El tiempo no me pertenece y la obligación es lo primero.

— Mi padre no quiere cuentas; y sobre todo, hoy es día extraordinario...

— Para vosotros; para ti que vas á tener un gran dote; para tu padre que va á manejar una fortuna, y para tu tía que tirará las llaves por la ventana ó se las confiará á quien no sepa manejarlas tan bien como ella; pero para mí nada hay de extraordinario: la firma de tu padre en vez de la mía, y todo lo demás lo mismo que siempre.

Oyóse en esto una gran gritería por los corredores; invadió el escritorio la multitud de los obreros capacitados por Rispall, y las voces de «¡Viva Bonet! ¡Viva D. Benito!» aturdieron la casa.

— ¡Hijos míos, abrazadme! — decía Benito, que salió á su encuentro; y en efecto, todos le abrazaban, le vitoreaban y le llevaban casi en volandas.

— Vamos, á lo menos todos son hoy felices — decía por lo bajo Puig, mirando esta escena desde su despacho.

— ¡Viva nuestro principal! ¡Viva! — gritaba desaforadamente Rispall.

— ¡Viva! — repetían en coro los obreros.

— ¡A los talleres!, ¡á los talleres!

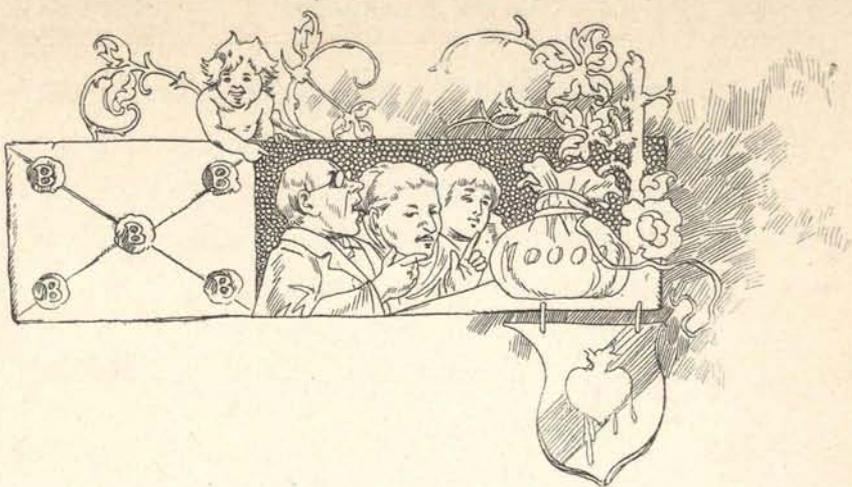
Y en efecto, estrujado por unos, empujado por otros, vitoreado y aplaudido por todos, el buen Benito se dirigió adonde le llevaban: á los talleres.

Doña Bernarda, aunque nadie se acordaba de ella, se colocó al frente de las operarias; Ramiro presidió á todos los escribientes, y Lucía, la última de todas, entró en el despacho de Puig y le tendió la mano. Puig se levantó, la atrajo hacia sí con lágrimas en los ojos

y estampó en su frente un beso. La niña echó á correr para reunirse con los manifestantes. Puig volvió á sentarse con sublime indiferencia; se vió solo, completamente solo, y con sonrisa más benévola que amarga, únicamente pronunció estas palabras:

«¡Lo que hace el dinero!»





## CAPITULO VIII

### ANÁLISIS

Acariciar una idea durante muchos años, por absurda, por disparatada que sea; comer, vivir y dormir con ella; soñar con ella, despierto y dormido, formando esos mil castillos en el aire que á sabiendas han de desvanecerse como el humo todos los días, para volver á edificarse al siguiente con más disparatada arquitectura y más imposible realización, labor es de todos los humanos y á ella están más ó menos sujetos todos los seres que pueblan el planeta terrestre.

Luchar para conseguir la realización de esa idea y verla irse poco á poco desarrollando, tomando cuerpo, y á fuerza de perseverancia, insistencia y concentración de todas las energías, poder entrar con ella en el país de las realidades á los diez, veinte, treinta años de combate, y cuando apenas queda vida para disfrutarla, propio es de los hombres de fuerza de voluntad

y que no están completamente reñidos con la fortuna.

Pero contentarse con el deseo platónico de una idea única y persistente, avasalladora por lo irrealizable, pero soñolientamente expresada; viviendo sólo en el fuero interno de la conciencia, como aspiración imposible, y encontrarse de súbito con su realidad inverosímil; ver convertida de repente la ilusión en hecho tangible, sin haber hecho nada para su realización, sin fe en su conquista, sin esperanza en su adquisición, cosa es que ven poquísimos seres en el mundo, y que sólo la mitad de los que lo consiguen pueden soportarlo.

Estando aceptada la idea de que *el mundo es un valle de lágrimas* por la generalidad de los humanos, sufren éstos mejor la súbita desgracia que la impensada fortuna, y por inmerecida que sea la primera y por injustísima que sea la segunda, hay más espíritus rebeldes á la alegría del triunfo que á la pena del vencimiento.

Si pudiera existir una oficina de estadística moral, aplicada al censo de población, con estudios comparativos y tablas de mortalidad, de seguro veríamos muchas más defunciones causadas por fortunas inesperadas que suicidios por ruinas imprevistas, dada siempre la mayor cantidad de desdichas que de faustos acontecimientos en este infeliz globo sublunar.

Por eso la primera impresión producida en el cerebro de Benito Bonet por la increíble herencia que se le venía á las manos por modo absurdo y antilegal, fué un aturdimiento parecido á la embriaguez; dábase

cuenta del hecho, pero se le escapaban los detalles; sentía un exceso de enternecimiento que se le desbordaba por el alma y llenaba de lágrimas sus párpados, al mismo tiempo que una carcajada nerviosa é involuntaria abría su boca y coloreaba sus labios, de los que parecía que iba á saltar la sangre á borbotones. Sus ojos se abrían desmesuradamente, sus piernas flaqueaban, y su paso incierto é inseguro amenazaba echar por tierra toda aquella máquina humana que había perdido su equilibrio y parecía estar completamente fuera de su centro de gravedad.

A este período sucedió un aplanamiento parecido á la indiferencia. El estupor se pintaba en su semblante y tenía que hacer un esfuerzo de voluntad y de memoria para conocer á los que le hablaban; los ruidos del exterior no llegaban con claridad á sus oídos y por grandes que fueran no lograban fijar su atención un solo momento. Diríase que su cerebro se había quedado hueco, y es probable que un golpe, una herida ó un dolor material no hubieran sido sentidos por aquel organismo desequilibrado.

Así pasaron los primeros días que sucedieron al acontecimiento. Por fin llegó poco á poco la calma, y con ella la tranquilidad en todos los que rodeaban á Benito. Ni uno solo dejó de temer que aquella brusca sacudida que había empezado por aturdirle, concluyera por quitarle la razón, desmintiendo la errónea creencia de que los tontos no pueden volverse locos. De tonto á imbécil hay menos distancia que de discreto á

loco, y más si se tiene en cuenta que, según la opinión del gran satírico, la única diferencia que existe entre los tontos y los sabios es que los tontos dicen las tonterías y los sabios las hacen.

Nuestro buen Benito llevaba gran ventaja á los demás sabios y tontos de la tierra: él las decía y las hacía; las había dicho, las había hecho y seguiría diciéndolas y haciéndolas, feliz ó desdichado, joven ó viejo, pobre ó rico.

Por fortuna para todos, el hombre había sido hasta entonces inofensivo, y no parecía natural que un puñado de oro le convirtiera en animal dañino. No así la soberbia y desabrida doña Bernarda. Eran tantas, según ella, las ofensas que tenía que castigar y las injusticias de que vengarse, que no la herencia de Bernaregui, sino todos los millones del Banco de España aún le parecían pocos para dar á su persona todo su verdadero valor y su augusta supremacía.

Aquel hombre, aquel Puig aborrecible, era ya á sus ojos el pigmeo más despreciable de la creación. ¡Qué dicha verle desde el despacho de su hermano como su primer dependiente, sin voluntad propia, sin voz de mando, convertido en un amanuense, en un servidor, en un cualquiera! ¡Y puede que aquel hombre se atreviera entonces á elogiar otra vez su frescura, su sonrisa, su cutis! ¡Ya sabría ella contestarle y ponerle á raya, y hasta quién sabe si concederle su mano en un arranque de generosa clemencia y de misericordia cristiana!

¡Qué de planes, qué de proyectos, qué de propósitos en aquellos cerebros durante los primeros días! Y presidiendo la terrible tempestad de aquel mar embravecido, con la calma del Dios de las olas, don Juan Puig, tan silencioso como siempre y algo más expansivo que de costumbre, yendo y viniendo como si nada hubiese sucedido, exacto en el trabajo, tranquilo en su indiferencia, idéntico en sus costumbres: decididamente era un oficinista de cartón piedra, un catalán de mármol.

Dos ó tres veces indicó á Benito la conveniencia de empezar á arreglar los asuntos de la casa bajo el nuevo régimen; pero Benito había sentido germinar dentro de su alma un desabrimiento incipiente, calificado de mal humor por cuantos le observaban, y respondió á Juan que sobraba tiempo para examinar cuentas y arreglar papeles. Que él necesitaba distraerse algo, pasear al aire libre, darse verdadera cuenta de su nuevo estado, tomar posesión en detalle, y no *grosso modo*, de su fortuna, y adquirir el convencimiento de que Juan no trataba de disputársela entonces ni nunca, á pesar de los derechos legales que pudiera tener á ella. Esto era lo primero, lo más grave, lo que debía tener una solución indiscutible: pues respecto á lo demás, á la marcha de la casa y á los planes que él abrigaba sobre la fábrica, tiempo sobraría para llevarlos á cabo, por grandes que fueran.

Juan respondía que todo lo juzgaba acertadísimo; pero que siendo aquel asunto, como había dicho des-

de el principio, una cuestión de conciencia y no de derecho, á la conciencia debían ambos atenerse. Que vinieran las cuentas primero, y los planes después; que recibiera Benito la fortuna de Bernaregui, como vulgarmente se dice, á beneficio de inventario, y que ya se vería después el modo y forma de dar sanción legal á aquella modificación de derecho.

De modo que ya surgía á los comienzos una diversidad de criterio y una divergencia en el punto de vista, de donde habían de partir las resoluciones sucesivas. Conocedora doña Bernarda de esta disparidad de opiniones, pues se permitía con frecuencia asistir al escritorio, y más aún al despacho de su hermano, dijo claramente á Puig que él era quien debía allanar todos los obstáculos que se opusieran á la inmediata reversión de aquel capital á su legítimo dueño; que cuanto antes se arreglara todo, mejor, y que la ira de Dios castigaba siempre como un crimen la morosidad en el cumplimiento del más pequeño de los deberes.

Puig insistió en afirmar que lo primero eran las cuentas, los balances y el examen de papeles y títulos; que desde luego dispusiera Bonet de cuanto dinero había en caja; que gastara y derrochara á su gusto, si tan malo le tenía, rentas y capitales; y que luego, cuando ambos supieran fijamente, después de aprobar y firmar una liquidación general, el estado de la casa y la cuantía de la fortuna, acudirían de común acuerdo á Ortiz de Llauder, para que éste llevara á

cabo con todas las formalidades exigidas por la ley la donación ó cesión ó reversión, ó como quiera que se llamase en el código civil el acto por el cual Bonet sería rico de derecho, como de hecho lo era desde aquel mismo momento.

Oponerse abiertamente á esta opinión, defendida con insistencia por Puig, era, según doña Bernarda, lo más lógico y conveniente; pero no contando con la enérgica aquiescencia de su hermano y no habiendo aún transcurrido más que seis días desde la escena del notario, era proclamar la guerra civil en el escritorio y llevarla quizá á todos los ámbitos de la fábrica: era romper lanzas, y publicar sospechas y celos, y dar quizás proporciones de desunión absoluta á lo que tal vez no era más que diferencia de procedimientos. Doña Bernarda se contentó, sin contentarse, con alzar los hombros, dar un portazo á la mampara del despacho y refugiarse en su tocador, descontenta de todos, y más aún de sí misma, por no haber podido dar expansión á todos los rencores que durante tantos años se habían amontonado en su alma.

Benito se lanzó á la calle, que era donde estaba verdaderamente á gusto, sin nadie que le molestara, sin nada que le distrajera de sus preocupaciones, y desarrolló en la soledad de su espíritu una serie de proyectos que como otras tantas sombras chinecas pasaban y repasaban por su imaginación atareada. Jamás había pensado tanto.

Los que verdaderamente sacaban la tripa de mal

año, según la frase gráfica de Risvall, eran los novios. Mientras los graves problemas que preocupaban á los señores mayores los hacían olvidarse de las pequeñeces de la vida, Lucía y Ramirito se veían y se hablaban á todas horas. Sus relaciones amorosas, oficiales, por decirlo así, desde el principio, no habían tenido las expansiones íntimas necesarias para consolidarse, y ahora, que por afortunado decreto de la suerte parecía más inmediata y más fácil su solución, se entregaban, aprovechando descuidos ajenos, al inocente placer de conocerse y agradarse en toda ocasión y á todo momento.

Era tan hermosa Lucía y adornaban su alma tan buenas cualidades, que al amor no le costó ningún trabajo desarrollar en ella la bondad y la belleza, hasta el punto de que cada día que pasaba, estaba la muchacha más hechicera. Ramirito, que comenzó sus amoríos por distracción y los continuó después por cálculo, iba interesándose de veras en aquel juego inocente; y justo es decir que á los nobles pensamientos y á las honradas y dignas ideas de Lucía iba debiendo el joven la modificación de su carácter indolente y la elevación de sus ideas vulgares. ¡Milagros del amor, que los ha hecho siempre mucho mayores, destruyendo preocupaciones, igualando condiciones desemejantes, y burlándose de leyes, tradiciones, usos y costumbres!

Ya hemos dicho que Lucía siempre había tenido para Puig un cariño verdadero y respetuoso, no sólo

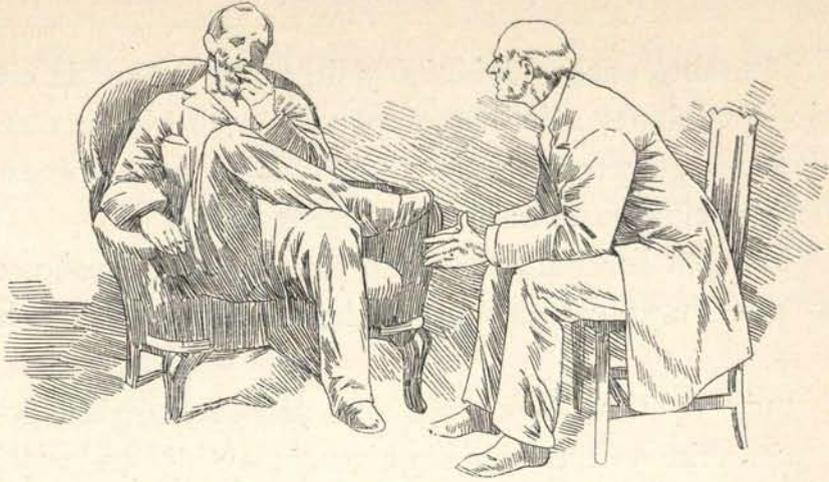
porque su corazón agradecido conocía lo que toda su familia debía á aquel generoso amigo, sino porque veía que en todas las cuestiones más ó menos graves que surgían en la casa, Puig defendía siempre lo razonable y lo justo y sus tíos lo absurdo y lo ilógico. Pero desde que un acontecimiento, aún no bien comprendido por ella, le había relegado á posición más humilde y parecía como que todos en la fábrica y en el escritorio celebraban con sonrisas insidiosas y hasta indirectas malévolas aquel juego de la fortuna, se había despertado en ella con mayor fuerza el afecto anterior, y ni un solo día dejaba de buscarle para pedirle el abrazo de todas las mañanas y la despedida de todas las tardes. Y como si al perder Puig el derecho á mandar en todos, hubiera perdido Lucía la timidez respetuosa con que en medio de su cariño le trataba, debida quizá, más que á su propio deseo, á la ceremoniosa y fría conducta que veía observar á sus tíos con su amigo, ahora le escuchaba con más confianza y le hablaba con más franqueza, produciendo en el ánimo del bonísimo D. Juan una expansión cariñosa casi desconocida en él durante su reinado.

Aquel hombre, avaro nunca satisfecho del cariño ajeno, para cuya conquista había empleado todos los recursos de su corazón y las delicadezas de su alma, sin conseguir más que la frialdad de las conveniencias sociales y el ceremonioso respeto de una obediencia casi siempre manifestada en son de protesta, parecía rejuvenecerse con el cariño de Lucía, y ella era la

única que tenía el privilegio de hacerle sonreír con sus infantiles caprichos y entusiasmarle con sus atinadas observaciones.

En cuanto á los indiferentes, á los que, considerándole como amo, ayer le obedecían murmurando, y hoy que le adivinaban dependiente empezaban á mirarle menos que igual suyo, Puig no tenía ni una palabra ni una mirada. Diríase que, existiendo para una más alta misión, reconcentraba en ella todas sus facultades y apenas se daba cuenta de que existía para él el resto de los humanos.





## CAPÍTULO IX

### LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITÁN

Ya había transcurrido un mes desde el día en que Ortiz de Llauder llevó á la casa de Bernaregui la perturbación y el trastorno. Bernarda había ya apurado todas las pueriles satisfacciones del amor propio, regalando á algunas obreras ancianas todos sus delanteles listados, con grandes bolsillos; poniéndose á diario un caprichoso prendido de terciopelo negro y encajes, con algún pensamiento que otro, y adornando su cuarto tocador con varios detestables y presuntuosos cromos místicos, calumnias artísticas de Murillo y de Velázquez.

Ya Benito había paseado á pie por todo Barcelona y sus alrededores una vez, ciento, mil, silencioso siempre, preocupado á menudo y casi nunca acompañado.

De tanto paseo higiénico y de tantas horas de ensimismamiento sólo había logrado adquirir una seriedad algo presuntuosa y una dureza en la mirada desconocida hasta para sus propios ojos.

La vida continuaba siendo idéntica entre todos á la que durante tres años se había observado en la casa.

Puig continuaba en sus dos modestas habitaciones; Benito y Bernarda seguían con su hija en las del piso segundo, y la única, la verdadera diferencia para propios y extraños existía en la mesa de comedor. Puig se había obstinado, al día siguiente de la visita del notario, en ceder el puesto de honor, el que él había disfrutado siempre, á su amigo Benito, y éste, no haciéndose mucho de rogar, ocupó el sillón de más elevado respaldo y se dejó servir el primero de todos los platos. Después se servía á doña Bernarda, luego á Puig y últimamente á Lucía. El desayuno lo tomaba cada cual á su gusto en su dormitorio ó en el mismo comedor, pero sin orden de prelación ni categorías.

Las dos horas solemnes, la de la comida á la una de la tarde y la de la cena á las ocho de la noche, reunían á los cuatro, excepto los domingos, que se había permitido Bernarda convidar á Ramirito, y en los que ya eran cinco para repartirse las conversaciones generales y las ojeadas particulares.

Por fin, en ese mes transcurrido, se habían puesto de acuerdo Puig y Bonet, ó mejor dicho, había impuesto

á Bonet Puig su opinión en el orden de arreglar el grave asunto de la herencia, y retardándolo un día y otro, por consejo sin duda de Bernarda, se llegó por fin al día en que encontramos á los dos amigos, sentado uno enfrente de otro, en el despacho pequeño, que debía ser desde aquel mismo día de la exclusiva propiedad señorial de Benito.

A las ocho de la mañana habían empezado á examinar libros y papeles, y eran más de las once cuando Benito, echándose atrás en el respaldo de su silla, arqueando las cejas y mirando fijamente á Puig, le dijo:

— Pero, en resumidas cuentas, amigo mío, ¿se puede ya calcular lo que tengo?

Esta era la primera vez que usaba Benito la primera persona del singular del presente de indicativo del verbo *tener*, tratándose de la casa, y hasta á sí mismo debió parecerle extraño el oírlo, cuando tuvo en la punta de la lengua la rectificación de la palabritilla; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, que sólo se advirtió en el encendido color de sus pálidas mejillas, dejó la frase tal cual la había pronunciado, sin enmienda ni rectificación.

Puig, que no dió importancia á la pregunta ó que quizá no oyó los términos en que estaba hecha, le contestó tranquilamente:

— La fábrica vale poco en estos tiempos.

— ¡Poco! ¿Qué quieres decir?

— Para que pudiera adquirir más valor verdadero,

sería preciso montarla mucho más á la moderna. Ya ves, puede decirse que desde el año 75 no se ha hecho nada en ella de importancia. Los motores son viejos; los telares son antiguos, y aunque varias veces he pensado en adquirir para la fábrica todos los progresos de la industria, he temido que esos grandes gastos, reproductivos desde luego por el aumento y perfección de la fabricación, nos harían dejar sin trabajo á un gran número de obreros y operarios.

Como se ve, Puig empleaba el plural hasta hablando de los tiempos en que él era el dueño exclusivo de la casa. Benito no se dió por entendido y se contentó con pronunciar un «¡Ya!..» que lo mismo podía ser prueba de aquiescencia que de distracción.

—Y ahí tienes—prosiguió Puig—el motivo de por qué la fábrica vale hoy mucho menos de lo que podía valer. Porque los pobres ganaran más, yo preferí ganar mucho menos: ellos lo necesitaban más que yo.

—Gran cosa es la filantropía y la generosidad. Líbreme Dios de quitar el mérito á tu acción y á tus principios cristianos, que todos debemos elogiar; pero lo que es guiándose por ellos exclusivamente, no me parece que se pueda hacer dar al dinero la renta debida.

—¡Ah, eso es claro!

—Vamos, adelante, ¿qué más hay?

—La casa del Ensanche... Bien la conoces.

—Ya lo creo que la conozco. Cuatro años nos estuvo mareando Bernaregui con semejante proyecto,

y no descansó hasta que le vió realizado. Allí nos llevaba todos los días á la fuerza de paseo, para que presenciáramos la construcción. ¡Vaya un capricho extravagante para un hombre sin familia! Y me acuerdo perfectamente que le costó más de doscientas mil pesetas. ¡Cuarenta mil duros largos, gastados en hacer un caserón destartado en un arrabal!

— ¡Y no es eso lo peor! Lo peor es que ese capital es también inútil como renta; mejor dicho, cuesta encima la contribución y los reparos.

— ¡Pues es una ganga la finquita!

— Recuerda, puesto que lo sabes como yo, que en esa casa viven gratis, en habitaciones modestas, pero higiénicas y espaciosas, todos los trabajadores ú obremos de la fábrica que por viejos ó enfermos están inutilizados para el trabajo. Hay en alguno de ellos viudas con cuatro ó cinco hijos; octogenarios con nietecillos; jóvenes inválidos, que han perdido alguno de sus miembros en los talleres ó en las máquinas: esa casa, en fin, es un refugio seguro para todos los que han gastado sus fuerzas ó sus años en favor de Bernaregui; y ya que no era posible que atendiese á la manutención de todos cuantos le habían servido, quiso darles techo y abrigo hasta que terminaran su vida, bendiciéndole ó debiendo bendecirle.

— Lo que es si confiaba en sus bendiciones de gratitud para salvarse, algunos siglos debe estar todavía en el purgatorio. Pero en fin, esa no es cuenta nuestra, sino exclusivamente suya: nosotros volvamos al

asunto. Muy justo es y muy natural que el Gobierno tenga hospitales para los enfermos y asilos para los menesterosos: el Estado es rico y puede hacerlo hasta por propio decoro; pero es ridículo que quiera hacer lo mismo un humilde comerciante. Si á su pequeño capital le cercena cuarenta mil duros para emplearlos en alardes filantrópicos y humanitarios, ¡bonito negocio ha hecho!

— Por eso no conceptuó Bernaregui nunca la construcción de esa finca como negocio, sino como obra de misericordia. Así la acepté yo al hacerme cargo de su herencia, y al mismo empleo la he destinado desde que la inscribí á mi nombre en el Registro de la Propiedad. No consta su deseo en ninguna escritura pública y yo pude darla el destino que me pareciera conveniente, seguro de que nadie había de exigirme cuentas de mi determinación. Pero yo soy esclavo de mi conciencia, y sin faltar á ella no podía ni debía contar con el valor de esa finca para nada. Es por lo tanto, mientras yo he dispuesto de ella, un capital muerto, y en la misma forma te la entrego. Ahora tú eres muy dueño de considerarla como un producto ó como una carga. Yo no he hecho más que conceptuarla, como él la consideró, como una obra de caridad.

— Algo cara, lo mismo para él que para ti.

— Si era cara para él, no puedo decírtelo; aunque supongo que no sería mucho, puesto que él la instituyó y la llevó á cabo. Para mí no lo fué en ninguna

manera. Yo con poco tengo bastante, y su fortuna, aunque hubiera sido mucho más pequeña, era para mí una riqueza colosal. Y si no, amigo mío, hablemos de ella en el terreno práctico. Si esa fortuna me daba á mí todo cuanto necesitaba en mis modestas aspiraciones; si me permitía darte á ti y á tu familia con que vivir holgadamente; si mantenía con ella á más de ochocientos obreros, y si con ella le proporcionaba á la industria capital suficiente para sostener el crédito de la casa, ¿qué me importaba á mí que produjera algo menos ese capital heredado inesperadamente y que, aunque mío, yo consideraba siempre como ajeno, en lo que no me equivocaba, puesto que ajeno ha venido á ser al cabo de pocos años? ¿No te parece lo mismo, amigo Benito? ¿No estás conforme con mis ideas?

— ¡Sí, sí, naturalmente! Pero en fin, sigamos las cuentas. Sepa yo al fin á qué atenerme, porque á este paso... ¿Qué más hay?

— Tú sabes, tan perfectamente como yo, cuáles son los rendimientos de la casa, cuáles son sus créditos, cuales sus beneficios. Si en tiempo de Bernaregui podías ignorar todo eso, porque sólo te ocupabas en dirigir y vigilar la fábrica y sus dependencias, mientras yo estaba empleado exclusivamente en los trabajos de la caja y el escritorio; en mi tiempo tú pasaste á ocupar mi puesto y no te es posible ignorar nada de lo que á la casa se refiere.

— Pero yo me figuraba que había aquí más dinero

de que disponer. Podías tú tener algunos negocios particulares, emprendidos por ti solo..., quizá algunos productos secretos..., algunas empresas especiales...

— ¿Dónde has visto semejante extravagancia en el comercio? Todo lo que ingresa aquí y todo lo que aquí se gasta, tiene su asiento natural en los libros, como lo ha tenido siempre.

— ¡Todo eso es muy claro!

— ¿No eres tú el cajero de la casa?

— Sí que lo soy.

— Pues tú mejor que yo mismo sabes que la casa de comercio de Bernaregui, que esa es la razón social de la fábrica y de cuantos negocios abarca, como yo pensaba que fuese mientras viviera, da por término medio al año doce ó trece mil duros de ganancia. Esa es, pues, la renta con que puedes contar mientras sigas en los negocios.

— ¡Pues es una miseria!

— No digo que no lo sea, pero yo he tenido muy bastante.

— Lo sería si esos trece mil duros fueran verdadero sobrante, y por lo tanto nuevo ingreso para aumentar el capital el año próximo. Pero si con esos trece mil duros hay que atender á obligaciones imprescindibles, ni eso es ganancia, ni siquiera renta.

— Tu modo de raciocinar es nuevo en el comercio. Supongamos que mañana quieres realizar todo lo que posees: vendes la fábrica, la casa del Ensanche, los censos de Olot, los dos solares de la Barceloneta, y

una de dos, ó esperas á realizar todo eso vendiéndolo bien y cuando haya ocasión oportuna, en cuyo caso podrás reunir millón y medio de pesetas, más los créditos que puedas cobrar, ó lo malvendes para hacer dinero pronto y sólo puedes realizar como máximum un millón de pesetas en junto. En cualquiera de los dos casos, ¿cuál será la renta de ese capital? Diez y ocho ó doce mil duros. Con ellos tendrás entonces que atender á todas tus necesidades, y por muchas que sean, no teniendo más que á tu hija y á tu hermana, podrás considerarte como un hombre rico.

— ¡Ya ves! Si de esos doce mil duros de renta he de atender á mi familia y á ti, que al cabo esa es la recomendación de Beñaregui y mi deseo, y no he de dejar sin casa á los que la disfrutan vitalicia por inválidos ó jubilados, digámoslo así, en la fábrica, y he de dotar á mi hija cuando se case, etc., etc., seré tan pobre casi como lo soy ahora, de modo que lo más acertado no es vender, ni malvender, sino ordenar lo que existe y hacer que el capital existente produzca más de lo que produce.

— ¡Eso es indudable! Yo creo que puede producir más.

— Mucho más, casi el doble.

— Demasiado me parece; pero, en fin, si esa es tu creencia, no debes vacilar un momento. Y si crees que, sin meterte en negocios aventurados ni en préstamos usurarios, el capital que tienes te puede producir doble renta, haz que la produzca, y Dios te ayude.

— Pero, para lograr tales ingresos, hay que hacer en la casa grandes reformas, que bien las necesita.

— Pues hazlas. ¿No eres tú el dueño?

— Ya lo creo que las haré, y mucho más pronto y más radicales de lo que á muchos les puede convenir.

— No comprendo bien á quién puedes referirte, puesto que aquí nadie hay que se atreva á desobedecerte y ni siquiera á saber tus planes hasta que tú los llesves con más ó menos acierto á cabo.

Benito, ó no comprendió lo que Puig quería decir, y eso que la indirecta no podía ser más clara, ó se hizo el desentendido para no contestarle. Se levantó de su silla, y colocándose de espaldas á la mesa de escritorio y encarándose con su amigo, le dijo frunciendo el entrecejo:

— ¡Hay muchos gastos!

— Convengo en ello.

— Hay también mucho empleado inútil.

— No digo que no tengas razón. Pero entonces se me ocurre preguntarte: ¿cómo no has caído en ello cuando yo era el principal? ¿No creíais todos vosotros que yo hacía poquísimo en favor vuestro? ¿No os parecía que todos erais pocos y no muy bien retribuídos? ¿Cómo diantres has caído hoy en la cuenta de lo contrario? ¿A qué se debe ese cambio de opiniones?

— No es de hoy como tú supones. Hace ya un mes que observo diariamente lo que aquí sucede, y cada

día me aferro más en mi creencia de que esta casa está lamentablemente organizada.

— ¡Un mes! Vamos, desde que el notario nos entregó la carta de Bernaregui en favor tuyo. No has perdido el tiempo.

— No es eso, no es eso — dijo Benito, encontrándose sin saber qué responder á la filípica de su amigo, — sino que cada uno ve de un modo diverso los negocios. Y hay muchísimas cosas que no pueden verse desde fuera, sino desde dentro, que es su verdadero punto de vista. No es lo mismo *cobrar* que *pagar*, y aunque yo no estoy aún en el práctico ejercicio de mis funciones y sólo puedo hablar de estos asuntos en teoría, en ella te digo que este sistema es insostenible; que esta casa produce hoy mucho menos que en tiempo de Bernaregui; que cada día produciría menos si yo continuase en ella el orden establecido por ti, y que todo necesita una reforma inmediata, radical. Todo, absolutamente todo: desde lo primero hasta lo último, desde el jefe hasta el más ínfimo criado.

— En eso estamos completamente conformes, y ya recordarás que sólo por lástima no llevé yo á cabo algo de lo que indicas.

— Pues la lástima es lo que estaba de más en tu tiempo y lo que yo procuraré eliminar de mi corazón en el mío. Los negocios son una cosa y los sentimientos otra. No creo que los asuntos de partida doble se puedan arreglar por las palpitaciones del corazón; así

como sería un absurdo reglamentar los afectos humanos por el *debe* y *haber* de un libro de caja. Dejemos á cada cosa para su cosa, y volvamos á hablar de todo esto en hombres de negocios. Y como quiera que ya te he dicho que es preciso arreglarlo todo, empezando por mí, y yo cuidaré muy bien de cumplir respecto de mí con mis propósitos, y tú eres el segundo en la casa, pasemos á ocuparnos de ti, puesto que de ti han de tomar ejemplo todos los demás y puesto que sobre ti no hay nadie más que yo.

Si á otro que á Puig se hubiese dirigido este abigarrado discurso, indudablemente le hubiera causado singular extrañeza. Pero Puig debía estar muy seguro de los puntos que calzaba Benito y preparado de antemano para oír sus nuevos planes, cuando le escuchó con la mayor indiferencia y como si de él no se tratara.

Había en la fisonomía del nuevo principal, en su ademán, en su apostura, un énfasis risible, que hubiera producido la hilaridad más franca en todos los que le hubiesen conocido empleadillo de tres al cuarto, pero que en Puig no produjo ni la impresión más pequeña.

— Me parece que te tomas demasiado trabajo y excesivos circunloquios para manifestarme tus ideas y darme cuenta de tus proyectos. Sé franco por entero, ahórrate digresiones y díctame tus órdenes, si eso es lo que deseas. Dices que quieres que nos ocupemos de mí, puesto que soy el segundo en la casa: dispuesto

estoy á escucharte; no vaciles en decirme cuanto se te ocurra.

— Yo he sido en tu casa empleado durante tres años, ó lo que es lo mismo, desde que Bernaregui te hizo dueño de su fortuna.

— Me parece que equivocas las fechas. Tú eres empleado en la casa hace veinticuatro años, los mismos que yo. Nuestras hojas de servicio, si se acostumbrara á llevarlas en las oficinas particulares, son idénticas. Adelante.

— Quiero decir que yo he sido tu cajero, tu primer dependiente, tu más alto empleado, como quieras llamarlo. Pues bien: si yo he servido en tu casa, tú debes servir en la mía.

— Si esa es tu opinión, nada tengo que objetar á ella.

— Yo te di el ejemplo. Seguí en mi puesto; acepté que me aumentaras en tres mil pesetas anuales mi sueldo; me vine á vivir contigo con mi hermana y con mi hija...

— Bueno, ¿y adónde vas á parar?

— A que tú debes seguir viviendo con nosotros.

— La idea no me parece muy nueva. ¿Acaso tengo yo otra casa?

— No la tienes; pues por eso precisamente quiero yo que vivas siempre en la mía. Que seas mi cajero como yo lo he sido tuyo, pero que prestándote á las reformas que son indispensables, te contentes con un sueldo más modesto que el que yo he tenido hasta

hoy. Ya ves..., yo era padre de familia..., necesitaba naturalmente más; tú en cambio eres solo..., no tienes que mantener ni vestir á nadie... ¡Dichoso tú que con menos tienes bastante!

—No hablemos de semejante cosa. Haz lo que quieras: dame el sueldo que se te antoje, y si es que mi personalidad puede serte molesta y mi empleo gravoso ó inútil en tus nuevos planes, me lo dices, y en paz y jugando, y tan amigos como antes y como siempre.

—¡Hombre, yo no te he dicho semejante cosa!

—No me lo has dicho, pero pudieras querer decírmelo. Piensa bien y de una vez lo que te conviene. Las reformas, y mucho más las que tienen carácter de radicales, deben hacerse al principio: después es muy difícil y muy expuesto llevarlas á cabo. ¿No te parece lo mismo que á mí?

—Sí que me lo parece. Pero respecto á ti no tengo más reforma que indicarte que la del sueldo. Te daré tres mil pesetas, con las cuales supongo que tendrás bastante para tus necesidades..., ¿eh? Seguirás viviendo en tus dos habitaciones; comerás con nosotros, ¿no es verdad?, y dicho se está que siempre que quieras puedes usar de mi despacho como si fuera tuyo.

—¿También eso? — dijo sonriendo Puig, con la fisonomía más candorosa del mundo. — Pues dígame que nadie sabrá distinguir á primera vista al principal del dependiente. Nada, nada: el orden es lo primero y la

necesaria separación de todas las categorías. Yo desde hoy me vuelvo á mi mesa en el escritorio grande, y tú te quedas en tu despacho. Cada cual en su puesto. De sueldo nada hay que hablar entre nosotros. Yo acepto el que me señales, y si algún día, más ó menos lejano, no te fuera posible ó te conviniera poco satisfacermele, con no hacerlo estamos en paz. A mí, como dices muy bien, todo me sobra por ser solo en el mundo.

— ¿De manera, y precisemos esta cuestión de las cuentas para no volver á ocuparnos más de semejante cosa, que yo, por hoy, puedo calcular que poseo unos doce mil duros de renta, con los que tengo que atender á todas las necesidades de mi familia y á todas las obligaciones de mi casa? Te confieso que creía ser mucho más rico.

— Yo te he oído siempre decir, y esa es generalmente la aspiración de todos los pobres, *¡si yo fuera rico!*, y rico eres. Nunca he supuesto que quisieras poder llamarte inmensamente rico ni archimillonario, ni entrar en lucha con los Rothschild y los Bahuer y los Mudelas, y manejar trescientos y quinientos y ochocientos millones de pesetas, como los manejan en el papel los ministros de Hacienda, para perpetua desventura de todos los españoles. Para realizar esos sueños, si los has tenido ó los tienes, me parece que te faltará tiempo, aunque te sobrara capacidad. Eres ya muy viejo para lanzarte á nuevas y arriesgadas especulaciones. La fábrica nació modestamente con Berna-

regui y modesta debe vivir y morir en tus manos. Allá tus herederos la liquiden, la permuten ó la destruyan. Tú vive con lo que produce; reforma, administra, innova, si tienes inteligencia para concebir y energía para llevar á cabo lo que concibas; tente por rico, puesto que lo eres con relación á lo que antes tenías y á lo que tenemos todos los que te rodeamos. Yo, como te he dicho y te repito, ultimaré todas esas cuentas, y juntos iremos á que Ortiz de Llauder nos entere de lo que hay que hacer. Y quédate con Dios en tu despacho y déjame ir á ocupar mi puesto definitivo en el escritorio grande para lo que quieras ó tengas que mandarme.

Y sin esperar á que Benito volviera á detenerle con sus discursos ó sus reflexiones, salió Puig del despacho, y con el aire más tranquilo y la fisonomía más placentera se sentó en el sillón de baqueta, no antiguo, sino viejo, que descollaba entre los taburetes destinados á los escribientes.

Bénito Bonet quedó solo en su alcázar, en su catedral, en su sanedrín, en su basílica, en su areópago, en su tribunal; que todo esto y mucho más era para él aquel despachito con un estante de libros viejos y una mampara de gutapercha roja con clavos dorados, que separaba el templo de la sacristía. Leía y releía la nota que Puig le había entregado, en la que figuraban, formando alineadas columnas de guarismos claros, todas las cantidades que constituían el capital de *su* casa.

¡Su casa! Era verdad. *¡Su casa, su fábrica, su capital, su renta, su dinero, sus planes, su voluntad, sus energías!* Todo eso se lo había dicho Puig y se lo decía él á sí mismo.

Pero, en resumidas cuentas, ya que de cuentas se hablaba, ¿cuánto tenía? ¿Hasta qué punto era rico? *Tat is the question!*

Ni Benito sabía inglés, ni se hacía esa reflexión en la misma forma en que el maestro Shakespeare ampliaba su célebre *To bi or nol to bi*; pero en catalán cerrado ó en castellano abierto, eso es lo que él quería saber y se afanaba por averiguar entre aquel fárrago de notas y de guarismos.

Puig tenía razón: doce ó trece mil duros de renta y *nada más*. ¿Y con ellos tenía que satisfacer los arranques autocrático-rentísticos de Bernarda, y las esperanzas de una cuantiosa dote prometida por él mil veces á su hija en los tiempos en que no hubiera podido darle ninguna, y un sueldo mayor á su yerno en ciernes, y más jornal á los obreros, y más descanso á los trabajadores?

Encontrábase el bueno de Benito Bonet en el mismo caso en que se encuentran los jefes de los partidos políticos cuando, después de predicar durante unos cuantos años en la oposición reformas, economías y felicidad general, se ven de buenas á primeras dueños del poder que ambicionaban y sin saber cómo llevar á cabo todo lo que prometían y destruir todo lo que censuraban.

Y si son exigentes propios y extraños, y reclaman el cumplimiento de promesas políticas y administrativas los correligionarios y los amigos políticos, que al fin y al cabo saben que su patrono y su jefe no es más que un administrador de la fortuna pública y un distribuidor de los fondos del Estado, ¿qué no han de ser los que saben que se trata, no de un administrador, sino de un dueño, y que ellos son los llamados por derecho propio á gozar personalmente de aquella fortuna?

Ante esos pavorosos problemas temblaba Benito como la hoja en el árbol, y manoseaba y arrugaba el pliego de las cuentas, maldiciendo de la aritmética y de la partida doble y renegando de las ciencias exactas, que no le permitían echar cuentas á su gusto sin sujetarse á sus infalibles reglas.

De repente y como si una fuerza motriz interior le impulsara á tomar nuevas actitudes y á dar á su semblante nueva expresión, se irguió altanero, dibujó en sus labios una sonrisa, arrugó su frente, y colocando sus manos cruzadas á la espalda y dejándolas caer sobre su cintura, comenzó á pasear primero por su despacho, después por el escritorio, luego por los corredores, y de patio en patio y de taller en taller recorrió impávido todas las dependencias de la fábrica, mientras empleados, obreros, y hasta los chiquillos, le contemplaban sorprendidos de su fisonomía de estuco y de su glacial indiferencia.

Y es que en aquel mismo instante se estaba llevan-

do á cabo en su cerebro un trabajo de elaboración complicada á que no estaba acostumbrado, y que había de convertir al insignificante Benito en ser consciente, en personaje propio, en individuo de marcada personalidad.

El que hasta aquel día había pertenecido al rebaño de los corderos de Panurgo, y en mejor ó peor fortuna no había salido del trazado surco donde la casualidad le colocaba, labrando con el sudor monótono de su ancha frente, limpia de arrugas, el pedazo de tierra confiado á su trabajo, ya iba á ser desde aquel momento suelto eslabón de la cadena; res aislada, quizá destinada al matadero, pero no en pira; perro tal vez atacado de hidrofobia, pero sin trailla, sin trabas, sin esclavitud. De aquel trabajo cerebral hubiera podido salir un grande hombre, existiendo el germen, pero por lo menos saldría un hombre; no podría salir un gran carácter, pero lo que es un carácter saldría de seguro.

Y por eso sin duda, instintivamente y como si los grandes misterios de la naturaleza llevaran en sí propios el resplandor de sus maravillas, cuantos se habían encontrado aquel día al antiguo *pobre Benito* en su camino habían observado en todo su ser un *no sé qué*, una expresión distinta, un nuevo prospecto de aquel libro hasta entonces conocidísimo, pero miserablemente encuadernado en rústica, y tan huérfano de primores literarios como de bellezas tipográficas.

¿Sabía el mismo Benito cómo se transformaba su

espíritu en aquel momento? Es dudoso; pero lo que él sentía, creía hacérselo comprender á los demás; lo que él decidía, tenía la seguridad de que había de ser obedecido por todos; lo que él quería..., ¡oh! lo que él quería, quizá no lo precisara él mismo, pero es seguro que lo que quisiera *de veras* desde aquel momento... aquello sería.





## CAPÍTULO X

DONDE EL REY ABSOLUTO SE QUITA LA MÁSCARA

Y se acabaron las buenas digestiones y el sueño reparador y tranquilo. A la preocupación del espíritu siguió la demacración del cuerpo, y un tinte terroso y amarillento se derramó por aquellas mejillas y por aquellos ojos, fríos é insignificantes hasta entonces, pero sanos y pacíficos. Benito Bonet, aquel Benito á quien todos miraban con lástima benévola cuando pobre, iba ya llamando la atención por agreste y receloso cuando rico, y ya daban qué decir y ocasión para murmurar sus respuestas desabridas, sus distracciones malhumoradas ó su silencio inoportuno.

Donde el cambio fué más radical y se hizo más notable y más incomprensible fué en el hogar doméstico; en aquellas habitaciones destinadas antes á las efusiones recíprocas, á las quejas en comandita, á las expansiones más ó menos justas de agravios y de

ofensas, y hoy mudo *at home* de personajes sesudos y reflexivos.

Tanto que allí era donde el nuevo rico se encerraba en su sombría reserva, en sus monólogos *monosilábicos*, en sus ademanes grotescos de puro serios y ridículos de puro sublimes; donde doña Bernarda no podía conseguir de él más que gruñidos fraternales, y su hija, su bellísima Lucía, más que algún que otro abrazo fugitivo, y el amartelado Ramirito..., ése ni casi el saludo debido á los extraños. ¡Quién había de figurárselo!

Llegó, como tantos otros, un domingo, y al ruido de la colmena humana propia de una fábrica sucedió el exagerado silencio y la dulce quietud de los días festivos, con que en todas partes y más en las capitales de provincia se celebra el descanso de la semana, por llevar al campo ó á la playa, según las condiciones del país, el bullicio y la animación. Dependientes, obreros, criados, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos sin distinción de sexos, edades y empleos, abandonaron por más ó menos horas la casa donde ganaban su subsistencia, y buscaron en el ambiente espacioso de la libertad la autonomía individual, ese libre albedrío tan cacareado por los filósofos y tan avaramente repartido por las circunstancias sociales entre todos los que según la religión y las leyes debían tener á él derecho.

Hasta el austero y melancólico Puig salió de la casa y de sus casillas á las ocho de la mañana, diciendo

á su amigo y jefe que comería en el campo y no volvería hasta la hora de cenar, si acaso. Los que necesitaban permiso para ausentarse le pidieron *pro fórmula*, y los demás yo creo que ni amanecieron en la casa; con tal gana tomaron por suyo aquel día en que el sol brilló espléndido y sin la menor nube en el horizonte.

Solos, completamente solos se encontraron de sobremesa aquellos tres individuos que componían la trinidad dinástica de aquella monarquía absoluta. No como en los días de su modesta medianía se oían risas y exclamaciones acompañadas por los acordes y escalas del piano donde Lucía, mal que bien, rendía culto á esta mala costumbre de la educación moderna; sino que, por el contrario, el piano permanecía cerrado, como cerradas á las risas las bocas y casi á los movimientos las manos. Bernarda casi se hería el labio inferior por apretar sobre él la fila de sus dientes superiores, mirando sin cesar á su hermano que cada vez fruncía más su entrecejo al sentirse observado con tal insistencia; y Lucía, aburrida de aquella escena muda que se repetía con mucha frecuencia y que aquel día tomaba proporciones solemnes, se levantó de su silla y se asomó á la ventana, echándose casi de bruces en ella, para alejar su espíritu y hasta casi su persona de aquel cuadro familiar tan monótono y tan íntimo, al que parecía estorbar todavía su presencia.

Temió doña Bernarda que su hermano, como había hecho ya varias veces, aprovechara aquel movimiento

independiente de su hija para huir de las intimidades fraternales, y antes de que Benito indicara el movimiento, le puso una mano sobre el hombro, y obligándole á estarse quieto le dijo:

— Ya es hora de que hablemos tú y yo á solas. La niña no estorba, y aunque estorbara, su atención se fija en la calle en este momento y no se ocupa para nada de nosotros. Han pasado muchos días, muchos, y no he querido molestarte suponiéndote ocupadísimo en terminar los asuntos de esa herencia: tal vez hayan surgido serias dificultades, y á eso se deba tu brusca mudanza de carácter; pero de todos modos, ya es hora de que se concluyan este silencio y estas dudas y sepamos, yo sobre todo, á qué atenernos. ¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Qué significan tus gestos, tus distracciones, tu preocupación constante y sobre todo ese humor atrabiliario, tan desacostumbrado en ti, y que parece síntoma de enfermedad ó certidumbre de desdichas? ¿Somos otra vez pobres? ¿No hemos dejado de serlo nunca? ¿Fué un cuento la historia del notario? ¿Se ha negado Puig á reconocer el escrito de su amigo Bernaregui?

— No disparates y no busques argumentos absurdos á tus propias figuraciones. Yo no tengo nada, y si lo tuviera no reconocería por causa nada de cuanto has supuesto. Puig está conforme con todo; el notario dijo la verdad, y yo soy rico. Ya lo sabes. No hay motivo para que te devanes los sesos.

— ¿De modo, querido hermano, y perdona que hoy

te hable por fin con toda la expansión digna del caso, ya que hasta hoy no he podido hacerlo, que no es un sueño que somos ricos de verdad y que Puig no tiene nada? ¿Cuándo entras en verdadera posesión de tu fortuna, y sobre todo á cuánto asciende ésta? Eso es lo que ya es tiempo que me digas y lo que no comprendo que hayas tenido calma y frialdad para ocultarme hasta ahora á mí, á tu hermana, al único ser que tiene derecho á disfrutar de todas tus felicidades y á llorar por tus penas.

— Aquí no hay penas por que llorar; pero tampoco la felicidad es tan grande que sea cosa de volverse loco.

— ¿Cómo que la felicidad no es tan grande? ¡Pues no eres rico!

— ¡Rico! ¡Rico! Cuando uno es pobre y piensa en la fortuna de los demás, siempre le parece inmensa esa fortuna, sobre todo cuando no tiene uno ni la esperanza más remota de que pueda llegar un día á pertenecernos. Miramos con tanta envidia todos los caudales ajenos, que sólo por no ser propios se nos figuran colosales. Y luego, cuando llega la realidad, se empequeñecen hasta aturdirnos por su insignificancia. Créeme, pobre Bernarda, todo en el mundo es cuestión de óptica.

— ¿Qué me cuentas?

— ¡Miseria, miseria y miseria!

— Me asombra todo lo que me dices, y ahora comprendo perfectamente que no hayas querido darme

un mal rato hasta ahora. Vamos, explícate de una vez.

— Poco tiene que explicar y ya puedes haberlo comprendido. Nuestra fortuna es regular, menos que regular; y en vez de ser millonarios, verdaderamente millonarios, somos unos burgueses adocenados, unos ricos de tres al cuarto. No me mires con esos ojos espantados como si temieras que me voy á volver loco; tenemos lo bastante para vivir, nada más que para vivir, y eso según y conforme...

— La loca voy á ser yo, si sigues hablándome de este modo.

— Vamos á ver; ¿qué te figuras que tenemos? ¿A cuánto crees que asciende toda la fortuna de que podemos disponer?

— Tanto me has asustado que yo no sé ya qué decirte.

— Pues apenas pasa de doce mil duros de renta. ¡Ya ves! Eso lo tiene hoy cualquiera, y al fin del año lo comido por servido, y gracias que no haya uno tenido que contraer deudas y empezar con déficit el año sucesivo.

— ¡Doce mil duros de renta y te parece poco, cuando no teníamos más que cinco mil pesetas y estábamos tan contentos! Es decir, contentos no, porque siempre nos quejábamos de no ser ricos; pero en fin, teníamos bastante para todo.

— Cierto que no teníamos más que cinco mil pesetas, pero eran de sueldo, y además nos daba Puig de comer y casa y muchos regalos, y ahora todo lo que

necesitemos tendrá que salir de la renta, y daremos de comer á los demás, y los regalos los pagaremos nosotros, y las contribuciones y el sastre y la modista y el infierno. Convéncete, Bernarda, de que esto es una ruina y de que es preciso, absolutamente indispensable, dar una solución económica á todos los problemas de esta casa. He reflexionado mucho estos días, he pensado con detenimiento lo que nos conviene, y he adoptado un plan general irrevocable.

— Antes me consultabas todas tus determinaciones, y no sólo las graves y trascendentales, sino las más sencillas.

— Se acabó aquel tiempo para siempre. Sé ya por experiencia que los consejos que da todo el mundo son siempre interesados, y he decidido pasarme sin ellos. No opiniones, sino órdenes son las que han de salir de mis labios en adelante, y vosotros los primeros que tendréis que obedecerlas ciegamente.

— Pero, Benito, no te conozco...

— Yo tampoco me conozco; pero esto ha de ser y esto será. El orden y la economía, que aquí eran desconocidos del todo, serán los que en lo sucesivo regulen nuestros gastos. He examinado minuciosamente todas las cuentas, y asusta ver lo que aquí se gastaba. ¡Qué desorden, qué despilfarro! Tú gastabas en mantenernos á los cuatro y á las dos criadas y á Risball, es decir, lo que constituye *el plato* de la familia, de cuatro á cinco duros diarios, que es un escándalo, y el tonto de Puig jamás te tomaba cuentas. Le pedías más

dinero cuando se te concluía el que te había dado anteriormente, y en paz. Él gastaba por su parte lo que le parecía y no lo apuntaba siquiera. Pues ¿y los extraordinarios? Llegaba el día de tu santo..., un vestido...; el de mi hija..., otro ú otros dos... ¡Lo que aquí se ha derrochado en trapos, en labores, en cosas superfluas! Y luego una casa, que puede producir renta pingüe, destinada á hospital ó refugio de vagos, y suscripción para escuelas, para iglesias católicas, para construcción de templos, para periódicos políticos é ilustrados. Y padrínazgo de boda por aquí, y de bautizo por allá, y encargar misas á capellanes pobres, y pagar entierros á obreros necesitados... ¡En fin, el caos! ¿Y qué ha sucedido? Lo que no podía menos de suceder. Según la liquidación de los tres últimos años, de toda la renta de la casa á Puig no le ha quedado ni un real. Es decir, que se han gastado aquí los doce mil duros largos anuales. Así se tira el dinero y así se arruinan los más ricos, y así no quiero arruinarme yo. Tenlo entendido y sabe á lo que has de atenerte.

— ¡Los ricos deben gastar, porque para eso lo son!

— Te equivocas: lo primero es ahorrar para poder ser rico. El que gasta todo lo que tiene no puede ser rico jamás, y yo quiero ser rico, puesto que lo soy. ¡Y todo el mundo me ayudará á serlo, de grado ó por fuerza!

— Muy bien que exijas de los extraños orden y economía; pero á tu hermana y á tu hija no creo que necesites recomendárselos.

— Pues te equivocas de medio á medio. Ustedes dos son las primeras que necesitan reformarse, y lo primero que hay que suprimir es el ocio.

— ¡El ocio! ¿Qué quieres decir?

— Que aquí se desperdicia el dinero y el tiempo y hay que aprovechar ambas cosas. Mi hija ya sabe bastante francés y suficiente piano. Se suprimen los maestros.

— Pues ya lo creo que los maestros están de más. Una chica de diez y ocho años que va á casarse en seguida...

— De eso ya hablaremos más adelante..., que prospere el novio...

— ¿Qué dices? ¿Pero eres tú el que habla? ¿Qué significa esto?

— Esto significa que esta casa ya no es la misma; que ha variado de dueño y que yo soy sólo el que manda y gobierna en ella.

— ¡Jesús, María y José!

A este grito de doña Bernarda, salido de lo más profundo de su alma, volvió el rostro hacia la habitación, apartándole de la calle, la linda Lucía, y suponiendo que su padre sería el causante de aquel grito de su tía, se dirigió á él preguntándole:

— ¿Qué es eso, papá? ¿Ocurre algo?

— Ocurre lo más inaudito que puedes figurarte — contestó doña Bernarda, preparándose á detallar á su sobrina los proyectos de Benito, y en particular los que se referían á la boda de la niña, causa hacía apenas